

Preparación ante la divina Comunión

Arzobispo Pablo Yazígy

«¡Gustad y ved, qué dulce es el Señor!» es el canto de la comunión que la Iglesia entona durante la Cuaresma, es decir, cuando el creyente está en abstinencia de «las comidas de este siglo», concentrando sus anhelos y atención en el «Pan esencial», en el Maná celestial.

Ante estas expresiones que nos estimulan a aproximarnos al santo Cáliz con «fe y anhelo», los fieles contestan la exclamación del sacerdote «lo Santo para los santos», y dicen: «Un solo Santo, un solo Señor: Jesucristo, en la gloria de Dios Padre. Amén.» Unos instantes después, el sacerdote sale por las Puertas Santas diciendo: «Con temor de Dios, fe y amor acercaos.»

Este diálogo entre la feligresía y el sacerdote deja manifiestos los siguientes dos puntos: el primero es el anhelo hacia el santo Cáliz, y el segundo es el temor y la reserva ante Él; porque el Santo es único, y el que se aproxima a la divina Comunión ha de hacerlo con «temor, fe y amor». El mismo sentido tienen las palabras del apóstol san Pablo

cuando dice que quien toma el Cuerpo y la Sangre del Señor *indignamente*, toma para sí condenación¹: fuego en vez de luz.

Entonces, ¿quién es el digno, sino el contrito? Nadie en la vida, ni una sola vez, puede ser digno del precioso Cuerpo y Sangre del Señor. Podemos sentir la necesidad, como dicen las oraciones preparatorias, «para no ser, al alejarme de tu divina Comunión, presa del lobo racional (el diablo)». La penitencia es la *madre* de la contrición; pero ella, en medio de la presión de la vida, sus necesidades y atracciones, resulta difícil. Por lo que, la santa Iglesia ha dispuesto a sus hijos ciertos medios que les ayudan a que se aproximen al santo Cáliz con dignidad (contrición).

El primero de estos medios consiste en el examen de la conciencia y la Confesión, sin la cual el hombre no logra percatarse de su negligencia ni humillarse ante el divino Amor. La penitencia es fruto de visualizar la humana ingratitude ante el divino Amor; es fruto de comparar el don de la Gracia con el abandono del hombre; de contemplar la distancia entre la vocación y la realidad, entre nuestra condición de hijos de Dios y nuestra elección –la mayoría de las veces– de seguir viviendo como *hijos del siglo*, entre el color de la túnica del Bautismo y los colores de nuestra conducta en la vida. Por todo ello, es conveniente siempre, antes de acercarnos al Cáliz, detenernos, por unos instantes, a poner los mandamientos

evangélicos como jueces de nuestra mundana actitud.

Nuestro Señor Jesucristo, según la santa Biblia, atribuía la falta de arrepentimiento en muchos de sus contemporáneos a la «dureza del corazón». La dureza del corazón es resultado de las agitaciones de la vida, de sus preocupaciones y del excedido hundimiento en sus pasiones. Todo ello presenta, de alguna forma, un *retrato* de lo que vive el hombre de hoy. Para liberarse de esta dura *cáscara*, las oraciones penitenciales son de los medios más importantes. Por eso, la Iglesia ha dispuesto *las oraciones preparatorias para la comunión*: plegarias de devoción que exponen el divino amor, la antipatía humana y los bellos acontecimientos evangélicos sobre el arrepentimiento, la divina ternura y la admisión del pecador, porque «el Señor desea el retorno del pecador para que viva», y no muera ya. Recitar estas oraciones nos coloca verdaderamente frente a nosotros mismos en comparecencia ante el divino amor. Esta sincera comparecencia, cuando rezamos estas oraciones desde el corazón, es capaz de generar en nosotros la contrición y el espíritu penitencial.

Ante la honorabilidad del santo Cáliz, el hombre ofrece cierta reverencia expresada en el ayuno. El ayuno tiene un papel importante en preparar al creyente, que pone a un lado los elementos secundarios preparándose a sí mismo para recibir «el Pan esencial». La práctica común es que los

fieles se abstienen de comer, por lo menos, a partir de la noche del día anterior a la Divina Liturgia. Y cuando la Liturgia es celebrada en la noche, se puede ayunar unas seis horas antes de la comunión: se come temprano un alimento ligero y sencillo.

¿Dónde estamos respecto a la confesión, las oraciones y el ayuno, antes de recibir el precioso Cuerpo y Sangre del Señor? El Cuerpo del Señor es «dulce» para el ayunante, el contrito y el orante: ¡le es entonces Luz! Y cuanto más nos preparemos, más abriremos nuestra alma a la divina Gracia y a su operación en nosotros. Esta oración y ayuno nos hacen capaces, más y más, de ver al que «está con nosotros invisiblemente», y de dirigirnos a Él cual a visible y presente entre nosotros, que nos concede con su poderosa mano su immaculado Cuerpo y preciosa Sangre.

«¡Gustad y ved, qué dulce es el Señor! Aleluya.»

¹ 1Cor 11: 32